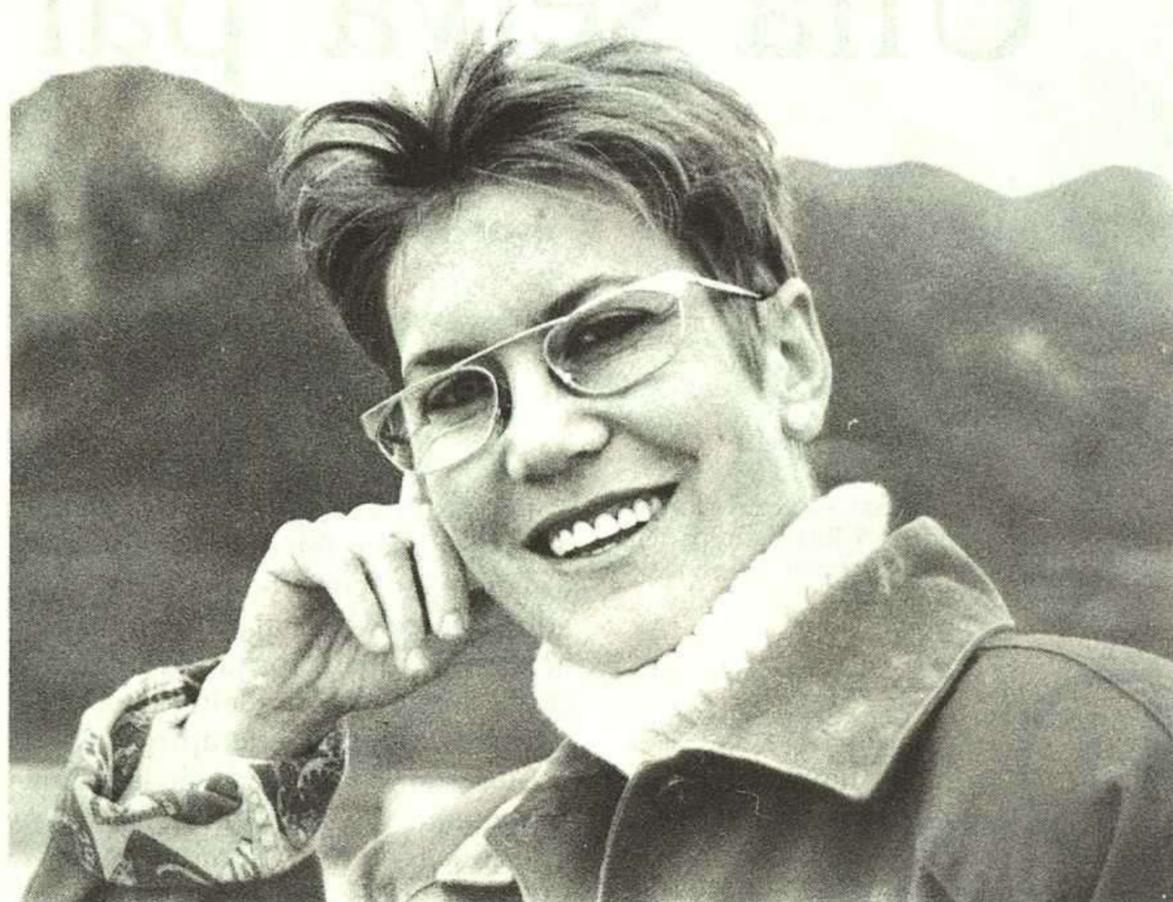


M. Dolors Pellicer

Según cuentan las crónicas familiares, en el momento en que me asomé por primera vez a este mundo, pasaba por delante de casa la banda de música. Y no es porque a alguien en especial se le ocurriese festejar mi llegada, sino que, para deshonra mía (puesto que no tengo en absoluto oído musical), nació el día de santa Cecilia, un 22 de noviembre de hace treinta y seis años. El lugar, Oliva, un pueblo costero de la comarca valenciana de La Safor.

Recuerdo mi infancia como una sucesión de fotografías en blanco y negro: un barrio situado en la parte vieja de la población, con claras reminiscencias árabes, calles empinadas, casas blancas y ni un solo coche que entorpeciera las veladas al aire libre; las mañanas de domingo, con el chocolate que mi madre preparaba para desayunar, los cuentos que mi padre solía contar y las inolvidables tardes de cine, con el león de la «Metro», el No-Do, Tarzán...; los largos veraneos en una playa tranquila y limpia, mucho antes de que se convirtiera en un hormiguero más de la costa mediterránea; personajes populares como la *Perevissa*, eterna «jovencita» de singular indumentaria; el viejo *cap-de-ferro* de la procesión de Semana Santa; o Ramón, un señor con una extraordinaria capacidad de convocatoria entre la gente menuda de mi barrio, a quienes nos deleitaba con sus historias de príncipes y princesas, de reyes y ladrones; aquel profesor que me llamaba *Colorettes* (por Dolorettes) debido a la tonalidad rosada que ad-



quirían mis mejillas cada vez que tenía que intervenir en clase, o aquel otro —gallego, por cierto— que nos hizo descubrir el valor de nuestra propia lengua, de nuestra cultura, a quien oímos hablar por primera vez de libertad, de respeto, de solidaridad.

Luego vinieron las primeras fotos en color, la primera pandilla, los primeros amores...

Muy pronto descubrí mi afición por las lenguas y decidí que cuando fuera mayor sería maestra. Pero lo que no podía sospechar entonces era que, además, tendría la suerte de imaginar historias, escribirlas y poderlas publicar.

Tampoco sospechaba que, de adulta, iría a vivir a Pego, en la vecina comarca de La Marina Alta, donde compartiría mi vida con Ferrer, un maestro-ilustrador-todo-terreno, con quien además comparto cantidad de proyectos, un ático lleno de sol y de libros, y una gata desvergonzada, sibarita, mimosa y adorable.

Bibliografía (selección)

- Xe, quins peus*, Valencia: Bullent, 1988.
- Tegolins y tegolines*, Valencia: J.J.2, 1989.
- Fil que penja*, Valencia: Bullent, 1989.
- Cul, culot*, Valencia: Bullent, 1990.
- Rondalles de la marjal*, Valencia: J.J.2, 1990.
- La banda dels superbruts*, Alzira: Bromera, 1990.
- Un elefant sota el llit*, Valencia: J.J.2, 1992.
- El xiquet de cotó en pèl*, Alzira: Bromera, 1992.
- Els contes de la Titirimonga*, Valencia: Tàndem, 1992.
- El gegant Romuald*, Valencia: Tàndem, 1992.